

Y al volver de este mundo á las miserias,
 Ví que la edad aleve
 Cuajaba mis arterias
 Y derramaba en mi cabeza nieve.

Mas de la edad el frío
 Nunca pudo invadir el pecho mío;
 En él, como en capilla santa y pura,
 Mi afán solo y oculto
 Fué guardando ternura
 Y al ensueño rindió férvido culto.

Al fin caigo de hinojos;
 Y al resplandor de tus divinos ojos,
 Halla otra vez el adormido anhelo
 De la dicha los rastros,
 Y en mi asombrado cielo
 Renace el fuego de extinguidos astros.

Bien sé que es mi querella
 Cual trino de ave á refulgente estrella,
 Y no merezco de tu amor la palma;
 Pero tus huellas sigo
 Con las ansias del alma
 Y desde mis tinieblas te bendigo.

Otro, muy breve, indica por su tenor,
 haber sido escrito en los mejores mo-
 mentos amorosos de aquella alma con-
 movida y extática.

Dice así:

ERES MI VIDA.

Como el creyente, recibo
 Tu dulce mirar de hinojos;
 Eres la luz de mis ojos,
 Por tí aliento, por tí vivo.

Soy tu planeta, y despides
 Sobre mí, cual sol, fulgores:
 Luz seré mientras me adores
 Y sombra cuando me olvides.

III

Ahora se puede ya comprender, aun-
 que todavía no con la debida puntuali-
 dad, por qué llegaba nervioso y conmo-
 vido don Salvador, la tarde de aquel día,
 á la lejana casita del mutilado Tronco-
 so. Las siguientes líneas acabarán de
 aclarar los orígenes de su emoción.

Antes de coger el aldabón, esperó un
 poco para cobrar aliento, como si la dis-
 tancia recorrida desde la esquina donde
 dejó el tranvía, hasta la casa, fuese enor-
 me y la hubiese cruzado de carrera; hizo
 algunas profundas inspiraciones, elevan-
 do bien alto el pecho, para llenar de ai-
 re los pulmones, y al cabo se resolvió á
 llamar, aunque discretamente.

Pronto oyó los menudos y ligeros pa-
 sos de Balbina, quien, por la presteza con

que acudió á abrir la puerta, dió muestras de hallarse en espera de su llegada.

—Buenas tardes, Balbina, articuló don Salvador, tendiendo á la joven la blanca mano, helada por la emoción.

—Mejores las tenga usted, señor don Salvador, repuso la joven estrechando con la suya mórbida y tibia, aquella diestra tímida.

Como deslumbrado se sintió Orvaños al ver á la joven, más hermosa aquel día que ningún otro. Su rostro de piel sedosa y sonrosada, mostrábase como radiante; había en sus rasgados ojos más luz que la acostumbrada; las ventanillas de su fina nariz aleteaban nerviosamente; sus menudos labios de grana, plegados por amable sonrisa, dejaban al descubierto sus dientes limpios, diminutos y blancos. Ni escapó á la observación del anciano, que la joven se había vestido como en los días de fiesta, con aquel vaporoso traje color de rosa que á él tanto le encantaba, y que daba á Balbina el aspecto de una visión de primavera, desprendida del confín del horizonte al ronrear de la aurora. Llevaba el peinado alto, con el pelo todo recogido sobre la cabeza, y entre el negro nudo del cabello, había colocado una flor brillante y perfumada, acabada, sin duda, de cojer en su pequeño huerto.

—Pase, pase por acá, prosiguió la jo-

ven dirigiéndose al fondo de la casa. Padre nos espera en la huerta; ya sabe usted cuánto le agrada estar allí.

—Donde usted guste, repuso Orvaños con acento ahogado por la emoción.

Iba por delante la joven, seguida de cerca por don Salvador. Su elevada estatura, coronada ahora por la montaña de su pelo, parecía mayor que de ordinario; su airoso talle aprisionado por elegante corpiño, se dibujaba con líneas triunfales; y su andar rítmico y ligeramente ondulado, comunicaba una gracia indecible á toda su persona. Y tal fué la emoción que produjo en el espíritu de don Salvador la contemplación de todos esos encantos, que sintió como un vértigo, y se llevó la mano al corazón para impedir que se le escapase.

Momentos terribles y críticos eran aquellos para él. En tanto que iba de esta guisa, caminando en pos de Balbina, recordaba los sucesos recientes. La fuerza de su amor se había sobrepuesto á todos los propósitos y á todas las consideraciones, y habíase ido manifestando al exterior con mayor claridad á cada instante. Empero, había tenido buen cuidado de no ponerse en ridículo, y de abstenerse de toda manifestación impropia de su edad. Nada de rondas en torno de la casa, nada de músicas ni de flores, nada de actitudes teatrales, ni de miradas volcáni-

cas; sino puro recogimiento, pura humildad, pura reverencia. La pasión que llenaba su pecho, habíase dado á conocer sólo por las palideces ó los rubores que á cada momento pasaban por su frente, por la melancolía de su mirar, por el temblor de su acento y por la asiduidad y fineza con que cultivaba el trato de aquella familia. El mutilado y Balbina habían apreciado en todo lo que valía su conducta caballerosa y correcta; y lenta y naturalmente, habían ido franqueando á Orvañanos las puertas de su estimación honda y sincera.

Dada aquella situación, habían ido cobrando alientos la afición de Orvañanos á la joven, y como trasparenteándose el corazón de éste, á través de rendidos, suaves y tímidos homenajes; hasta que no fué ya un secreto para don Indalecio ni para Balbina, el amor del anciano. Es de presumirse que, á pesar de descubierta la incógnita, hubiesen continuado para don Salvador el mismo trato y las mismas cariñosas manifestaciones de siempre, por parte del mutilado y de su hija, supuesto que el enamorado siguió visitando la casa y aun aventurándose á más claras y palmarias demostraciones de su amor. Y es de presumirse también que no hubiesen sido recibidas con desagrado sus veladas insinuaciones, porque, al fin, llegó á creer tan oportuno co-

mo necesario hablar con toda claridad, y poner los puntos sobre las íes á la situación.

La verdad es que Balbina nunca había sido altiva ni desatenta con él, sino antes bien, siempre buena y cariñosa; y que, aun llegada la vez en que Orvañanos le dió á conocer sus inclinaciones y tendencias de un modo franco, ella jamás se burló de sus pretensiones, ni hizo alusión alguna á su vejez, ni procuró desconcertar ó alejar por cualquier medio á aquel galán de tantos años. ¿Notó don Salvador simpatía y buena voluntad para él, de parte de la joven? ¿Halló en los ojos de la hermosa alguna chispita de cariño cuando le miraba? ¿Echó de ver en las largas horas que pasaba cerca de ella, que no se enfadaba de su compañía, que oía su conversación con agrado, y que aprobaba sus ideas, sentimientos y conducta? Todo eso es de sospecharse, supuestos el buen juicio y la reconocida sensatez de don Salvador.

Como quiera que sea, el caso es que éste, venciendo el terror amoroso que le inspiraba la joven, llegó un día á hacerle formal declaración de su afecto, pintándose con colores vivamente patéticos, como correspondía á la realidad íntima y profunda de su pasión. Balbina le oyó sin extrañeza, sin ironía, sin desvío; sino con gravedad y benevolencia, y mos-

trando en la expresión de sus grandes ojos, algo como simpatía reposada, como deliberada convicción y disposición favorable.

—Nada respondo á usted todavía, había dicho la joven. Antes debo hablar con mi padre.

—Como usted guste, había respondido don Salvador. Es muy justo.

Después de la conferencia celebrada por el padre y la hija, habían hablado directamente los ancianos; y Troncoso había pedido á Orvañanos una semana, nada más que una semana, para deliberar. Anente don Salvador, se había abstenido de visitar á la familia durante el plazo convenido; y al espirar éste, día por día y hora por hora, se presentaba en la casita del mutilado á escuchar su sentencia.

Le hallaron él y Balbina sentado en su cochecito de ruedas, debajo del tejado que miraba para la huerta, y muy divertido al parecer, con la vista de las plantas propias de la estación (que era la de lluvias), que tenía delante de los ojos. Aprovechando la extensión del corral, que era enorme, había sembrado Balbina personalmente maíz en hileras simétricas, y plantado calabazas y chayotes entre los surcos. Ahora, como ya empezaba septiembre, los maizales estaban en espiga, y las legumbres, extendiendo

por el suelo las verdes rúbricas de sus guías, dejaban ver entre sus grandes hojas, ya crecidas, sus lisos ó espinosos frutos. Comenzaba la tarde á declinar, soplaban un viento fresco, impregnado de humedad, que anunciaba la próxima lluvia, y los rayos occídus del sol, filtrándose por entre las hojas, llegaban rubios y móviles hasta el rostro de Troncoso, marcándolo con luminoso y variable tatuaje. El mutilado gozaba de aquel espectáculo con visible melancolía; en tanto que cabecaban las amarillas espigas abriolladas por la luz, y que el balanceo de hojas y tallos bajo el soplo del viento, iba levantando en torno un rumor como de égloga. Grueso y apoplético como todos los mutilados, andaba siempre en busca de aire, ya mandando abrir puertas y ventanas cuando se hallaba en cualquier aposento, ya haciéndose conducir al corredor, ó á la huerta, ó la puerta de la calle. Ahora estaba, como siempre, de color escarlata, y la blancura mate de su cabeza y de su mostacho militar, hacía resaltar mayormente la rubicundez de su cutis.

No le sorprendió la presencia de Orvañanos.

—Bien venido, amigo, le dijo tendiéndole la mano regordeta. Es usted muy puntual.

—Como cronómetro, amigo, repuso

don Salvador, procurando bromear. Al que le duele, le duele.

—Así dicen. Siéntese amigo. Acerque usted su silla para que no tengamos que gritarnos..... Eso es..... Y tú, Balbina, en seguida de don Salvador, para no obligarme á volver el rostro de uno y otro lado.

Hubo una pausa embarazosa. Don Salvador, por su dignidad paterna, no debía ser el primero en abordar la cuestión. Balbina ruborizada, no levantaba los ojos del suelo. Orvañanos, convertido en un colegial, sentía el corazón en la garganta, tenía secas las fauces y no atinaba con la fórmula. Al fin se decidió.

—¿Con que sí, amigo? dijo con acento casi infantil. ¿Se han ocupado ustedes del asunto?.... ¿Qué dicen?

—Nos hemos ocupado, repuso Troncoso, y con toda la atención debida.

—¿Y....?

—Va usted á verlo. Hemos pensado que media una distancia de años muy considerable entre usted y Balbina. Esta tiene diez y ocho.... ¿Y usted? Supongo serán más de sesenta.

—Sesenta y siete, repuso Orvañanos con sinceridad, como quien firma su sentencia de muerte, pues por allí era por donde esperaba la derrota.

—Inconvenientes como este, son de inmensa importancia y trascendencia....

Don Salvador inclinó la cabeza con amargura. Presentía el golpe: estaba seguro de una negativa.

—Pero esto es por regla general, prosiguió don Indalecio. En el caso actual, hay circunstancias atenuantes.

Orvañanos respiró como aliviado de un gran peso.

—Mi hija, continuó el mutilado, no es como todas las jóvenes. A pesar de sus pocos años, tiene un juicio y una discreción extraordinarios.... Lo malo es que yo lo diga.... Pero ¿por qué no he de confesarlo?.... Por otra parte, el aplomo de su conducta tiene su explicación, y muy sencilla por cierto... Desde que tuvo conciencia de sí misma, ha batallado conmigo; siempre á mi lado, siempre velándome el pensamiento. Para ella no ha habido teatros, bailes, ni siquiera visitas; de suerte que su carácter no ha podido malearse por el contacto de los demás, ni tornarse alegre y frívolo. Es seria y circunspecta; parece una mujer de cuarenta ó más años.

Orvañanos se atrevió á mirar á Balbina. Estaba grave é inmóvil; tenía en la fisonomía una expresión, que correspondía á maravilla con lo que iba diciendo su padre.

—Esto hace, concluyó don Indalecio,

que la diferencia de la edad á que acabo de referirme, no sea tan grande, porque de cuarenta y tantos á sesenta y tantos, no median más que veinte años; y esa edad ya puede pasar..... ya pasa sin graves inconvenientes.

—¿De modo que...? articuló don Salvador lleno de esperanza.

—Por otra parte, siguió diciendo don Indalecio sin darse por entendido de la pregunta, mi hija le profesa á usted un hondo afecto, le estima en lo mucho que vale, y le vive inmensamente reconocida por cuanto ha hecho por nosotros. Pues nosotros, amigo, no valemos nada, y usted nos trata, sirve y distingue como si fuésemos una familia principal. Yo le dije que lo pensara bien, porque la cosa no era para un día ni para dos, sino para toda la vida. Y me ha contestado que ya lo ha pensado, y que su resolución es irrevocable..... Así que, amigo, ella que está presente..... y yo, contestamos afirmativamente.

Don Salvador, sin decir palabra, próximo á dejar salir las lágrimas que le nublaban la vista, se levantó del asiento y cayó en brazos de Troncoso. Este le estrechó afectuosamente entre los suyos, y golpeándole la espalda con la diestra, le decía:

—Vamos, serénele usted. ¡No parece

sino que se ha sacado el premio gordo de la lotería de Madrid!

—Más, mucho más, protestó Orvañanos enderezándose y clavando los ojos en Balbina, que los tenía levantados hacia él, puros, sencillos, sinceros.

—¿Conque de veras, Balbina?, le preguntó con timidez. ¿Me acepta usted? (No se atrevió á decir: “¿me ama usted?”)

—Sí señor, repuso ella con modestia.

—¿No es para usted un sacrificio?

—Ni pensarlo; lo hago con todo mi gusto.

—¿Me perdona usted mis años?

—Para mí no tiene usted más edad que la de su corazón, que es tan bueno... Me siento capaz de ser dichosa al lado de usted... y de hacerle dichoso.

Orvañanos cerró los ojos como deslumbrado. Ante su imaginación se extendió en ese momento un porvenir hermosísimo, lleno de luz, lleno de alegría, poblado de músicas. Se hubiera echado á los pies de Balbina, á no ser por miedo á la ridiculez y por respeto á don Indalecio. No obstante, venciendo su poquedad, se acercó á su amada, y sacando del dedo del corazón de la mano izquierda un rico anillo que llevaba, lo ofreció emocionado á la joven. Balbina vaciló un poco: eran los esponsales. Comprendió la gravedad de la dádiva; pero muy luego la aceptó.

Y no hizo eso solamente, sino que, sacando á su vez de igual dedo una sencilla argolla de oro que en él lucía, la ofreció en cambio al anciano. Este se inclinó profundamente y la tomó, admirando de paso la finura de aquellos dedos sonrosados y de aquellas uñas de nácar.

Pasadas estas formalidades, siguió la conversación más natural y fácil. Y se habló sin ambages del matrimonio próximo. Don Salvador quería que se celebrase sin pérdida de tiempo. Se habló de la casa donde debieran instalarse él y Balbina, de las personas que debieran servir de testigos, de la iglesia donde se había de efectuar el sacramento, y de otras mil cosas relativas al mismo asunto. Y, sobre todo, quedó convenido que Troncoso viviría con ellos. Este lo resistió débilmente, sin convicción, y pronto se dejó vencer.

—Ya verá usted, amigo, dijo á don Salvador, qué suegro tan malo soy.

—Y usted verá qué yerno tan bueno tiene.

—En tal caso, no habrá conflictos, porque si yo grito y usted se aguanta, no irán mal las cosas.

—Así será, amigo, va usted á verlo.

La conversación continuó en esta forma, hasta que estuvo á punto de cerrar la noche. Había pasado el tiempo sin sentir; el cobertizo estaba casi en tinie-

blas, y bandadas de mosquitos zumbaban en derredor de los interlocutores.

Un trueno lejano vino á sacarlos de su distracción. Habíase llenado el cielo de sombras, y relámpagos rojizos salían de las nubes con fosferencias deslumbrantes.

—Es hora de marcharme, dijo don Salvador levantándose. La tormenta está encima.

—Es verdad, repuso Troncoso. ¿Cree usted que hasta este momento lo echo de ver?

—¿Trajo usted paraguas?, preguntó Balbina con solicitud.

—¡Vaya! ¿Pues no le he olvidado?, repuso Orvañanos.

—Y lo malo está en que nosotros tampoco tenemos uno que sirva, reflexionó la joven.

—No importa, prosiguió don Salvador, el tranvía pasa muy cerca....

—Lo que voy á hacer es á prestarle á usted el mío. Es pequeño y feo; pero vale más algo que nada.

—Por Dios, Balbina, ¿cómo va usted á hacer eso?

—Para nada lo he menester. Mañana me lo trae usted temprano. ¿No viene usted á saludarnos por la mañana?

—Por supuesto que sí.

A don Salvador no le cabía el corazón

en el pecho, de tanta alegría. Aquella intimidad, aquella confianza con que le trataba la joven, casi le volvían loco de júbilo. Le había indicado que volviese al siguiente día, le daba su paraguas, el de su uso, para que lo llevase á su casa. . . . como si fuese ya de la familia.

Mientras pensaba estas y otras cosas, fué la joven á su alcoba y volvió con el diminuto paraguas en las manos.

—¡A ver!, dijo abriéndolo y poniéndolo ella misma sobre la cabeza de don Salvador, con ademán de librarlo de la lluvia.

Luego se rió viendo que no podría resguardarle más que el sombrero.

—Pero no hay remedio, concluyó con gracia infantil. Ahora se lo lleva usted, quieras que no, y aunque le sirva de estorbo.

—Con mucho gusto, Balbina, repuso don Salvador, encantado de la fineza. Con mucho gusto. . . y muy agradecido.

En seguida, se despidió de don Indalecio y se dirigió á la puerta de la calle, acompañado por Balbina. Todavía en aquel lugar le dió la joven nuevas muestras de interés.

—A ver, le dijo, no le dejes salir hasta que se haya levantado el cuello de la levita. . . . Así está bien. . . . Conque, ¡hasta mañana, tempranito!

Y levantando el dedo índice de la ma-

no derecha, le sacudió en el aire varias veces con ademán autoritario y gracia infinita. Orvañanos no se cansaba de verla.

—No faltaré, repuso radiante de dicha, vendré á la hora del desayuno.

—En tal caso, será usted nuestro invitado. Verá usted que café tan bueno. . .

—Delicioso, interrumpió Orvañanos, como si ya le hubiese saboreado, porque no pensaba más que en ella; todo delicioso.

Para concluir, le tendió la mano, y como notó que la joven se la estrechaba cordialmente, correspondió á aquella presión con todo respeto, y se alejó por la calle llena de obscuridad y de relámpagos.

IV

A poco andar, comenzaron á caer gruesos goterones de lluvia; pero iba Orvañanos tan distraído con sus propios pensamientos, que apenas lo echaba de ver. Ni siquiera apretó el paso para llegar pronto á la esquina donde debía tomar el tranvía; así que, cuando cayó en la cuenta de que andaba despacio, alcanzó sólo á ver el carro que pasaba velozmente por la boca-calle, á distancia de varios metros; y por más que echó á correr, ya no pudo alcanzarlo.

Absorto en sus meditaciones, siguió

adelante pensando alcanzar algún otro carro en cualquier esquina, ó bien detener algún simón circulante. Y así continuó caminando de calle en calle, como autómata, sin encontrar lo que buscaba, ó dejando pasar coches y tranvías sin parar mientes en ellos. Al sentirse bañado por la lluvia, recordaba vagamente los años de su infancia, cuando se lanzaba á la calle de propósito en medio de los aguaceros, ponía la cabeza debajo de las canales y marchaba por el arroyo, con el agua hasta los tobillos, haciéndola chapotear con los pies.

Y así fué adelantando hacia el centro de la población, sin buscar refugio en puerta ó tienda abiertas, mientras pasaba el chubasco. A poco aumentó la fuerza de la lluvia, en medio de estampidos tremendos de las nubes y del intermitente fulgor de los relámpagos. Por darse la satisfacción de usar una prenda de Balbina, abrió el diminuto paraguas que ella le había prestado, y, caminando con él sobre la cabeza, se figuraba un rey marchando debajo de palio. Aquel objeto era de "ella." ¿Cuántas veces habría oprimido Balbina con sus manos de lieve y rosa aquel mango lustroso? Don Salvador le acariciaba con recogimiento, como si fuese cosa santa, y hasta se le figuraba que llevaba consigo una parte de la misma joven. Y seguía mirando, por dentro, las

escenas que había acabado de presenciar: la gravedad de Troncoso, la dulzura de Balbina, los maizales, las guías de las legumbres, las ráfagas del sol tamizadas por hojas y tallos, el rumor del viento y el constante piar de los pájaros que acudían á descansar y á dormir sobre el cobertizo. Todo aquello le parecía como un sueño.

Sería suya Balbina: aquella mujer tan joven, tan hermosa, tan buena, sería su esposa. Y se llevaría á su casa, á vivir bajo su mismo techo, á aquel ángel puro y deslumbrador, ante el cual no se había creído digno ni aun siquiera de doblar la rodilla. Don Indalecio y ella lo habían dicho con toda claridad: su proposición estaba aceptada, y podía tomar todas las medidas conducentes á realizar el enlace. Este recuerdo le hizo pensar en el matrimonio: debía verificarlo pronto, pues no tenía tiempo que perder. A su edad, no podía haber lentitudes ni aplazamientos. Al día siguiente lo arreglaría todo y pagaría las dispensas. No habría más detención que la que demandase la hechura del traje de boda. Quería que fuese regio el de Balbina: obra de la modista más famosa y de la más costosa seda. El velo debería ser de finísima malla, y muy grande, para que envolviere á la novia de pies á cabeza. Lo mejor para Balbina: joyas, trajes, pala-

cios, trenes, fausto y triunfos: todo cuanto puede proporcionar una fortuna colosal. Y sobre todo eso, que no valía nada, su amor sin límites, su corazón palpitante, su alma llena de adoración. ¿Cuánto tiempo duraría aquel deslumbramiento? Poco sin duda. Estaba en el declive de la vida, y por más largo tiempo que se detuviese, no podría tardar la muerte más de tres ó cuatro años en herirle. La edad común de los hombres es la de setenta años, según el Libro de la Sabiduría: los más fuertes llegan á los ochenta; pasada esa edad, todo es trabajo y dolor.

Pero ¿qué importaba la cortedad de su vida, si era dichosa! Un minuto de felicidad vale más que un siglo de hastío. Por ahora no había que pensar más que en su dicha; en la inmensa que el cielo le había concedido con el cariño de aquella mujer sin igual, más hermosa que todas las reinas y princesas de la tierra, más que las concepciones de los artistas, más que las idealidades de los poetas.

Así, pensando en cosas tan gratas, fué cruzando las calles de la ciudad á través de aquel diluvio que se desataba en gruesos y largos chorros desde las negras nubes, y trocaba el suelo en ancha laguna, que brillaba como flavo cristal á la luz de los relámpagos. Cuando lle-

gó á su casa, quedó sorprendido de haber terminado tan pronto la marcha, y consultó el reloj: había empleado en ella cerca de media hora, pero á él se le había figurado de unos cuantos minutos.

Estaba empapado de pies, á cabeza: parecía una enorme esponja impregnada de agua. Necesitaba cambiar ropas y calzado en el momento, para evitar un resfriado: á su edad, no había que omitir precauciones. Lo mejor sería meterse en la cama desde luego, y tomar una taza de té caliente para provocar la reacción.

Al entrar, halló en el portal á una persona que le aguardaba; era Tomás Rincón, su ex-dependiente, buen muchacho, inteligente, honrado y de finos modales, á quien hacía mucho tiempo no veía.

—¡Hola, Tomás! díjole tendiéndole la mano. ¿Qué andas haciendo por acá?

—En busca de usted, señor don Salvador, repuso el joven con timidez.

—¿Es algún negocio?

—Sí, señor.

—Pues mira, lo dejaremos para mañana, porque vengo hecho una sopa y voy á quitarme la ropa mojada.

—Si usted me permite... un momento.... Seré breve.

—No, hoy no, hasta mañana. ¿No ves que puede hacerme mal la mojadura?

—Se trata de Balbina....

Don Salvador, que comenzaba á inter-

narse por el portal en dirección á la escalera, se detuvo de golpe. Aquel nombre, en boca de Rincón y en aquellos momentos, le hizo un efecto extraño.

—¿De Balbina? articuló maquinalmente.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decir de Balbina?... Vamos á ver.

—Lo que tengo que decir, señor, es que ha sido mi novia, que la quería con toda el alma, que ella también me quería... y que va á casarse con usted....

—Mientes, repuso don Salvador tan lívido como un espectro; no es cierto que te haya amado.

—Traigo conmigo las pruebas, insistió el joven alargando una carta á Orvañanos. Lea usted, lea usted, señor don Salvador, para que se convenza de que no miento.

—Suponiendo que así haya sido, prosiguió el anciano cogiendo el papel y sabiendo apenas lo que hacía. ¿A qué venirme á contar pasadas historias?.....

—Mi objeto, señor, es el de apelar á su buen corazón, y suplicarle prescinda de ese enlace, que nos hará desgraciados á todos: á mí, porque me arrebatará de un golpe amor y esperanza; á ella, porque hallará frío y tristeza al lado de usted; y á usted, porque no se sentirá querido por ella.... Señor, usted es rico, es bueno;

todo el mundo lo quiere, ocupa una posición envidiable y nada desea..... Yo soy un pobre, vivo de mi trabajo, nadie me conoce y no valgo nada..... Pero quiero á Balbina y ella me quiere, y ese amor es para nosotros la gloria. Con él no desearemos nada, ni envidiarémos á nadie: viviremos en la obscuridad y en la pobreza, pero nada nos faltará, porque nuestra mútua compañía nos indemnizará de todo.

Estaba el joven como transfigurado en aquellos momentos. Tenía en la voz modulaciones ternísimas, de esas que brotan del corazón; en sus ojos suplicantes y casi llorosos, mirábase fulgurar el fuego de una pasión verdadera; y sus labios contraidos por la amargura, daban expresión dramática y conmovedora á sus juveniles facciones. Orvañanos le analizó vivamente en medio de su agonía. Sí, aquella cabeza de pelo rubio y rizado, aquellos ojos grandes y azules, aquella nariz aguileña de corte varonil, aquel cutis terso y fresco, aquel cuerpo robusto y gallardo, toda aquella aureola de juventud que rodeaba á Rincón, estaban clamando á voz herida que el mozo sí podía inspirar amor de veras; que para él sí podría haber palpitaciones de corazón, tiernas miradas, dulces sonrisas y pasiones hondas y eternas..... No para él, anciano sexagena-

rio, amarillo, marchito, próximo al supremo derrumbe.

Nunca, en los años que le había tenido á su servicio, había parado mientes en la belleza de Tomás. De veras, era un guapo mozo. Y ahora recordaba que, de un modo vago, había sabido meses há, que Balbina tenía un pretendiente...; novio no, nadie se lo había dicho....Pero ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Tan pronto iba á caer del cielo donde se cernía? ¿Se desplomaba el mundo sobre su cabeza?

—No me importa el pasado, articuló don Salvador con voz sorda; el hecho es que Balbina y su padre me admiten, me han admitido ya, y que todo está arreglado entre nosotros. Tu pretensión es insensata..... No perdamos el tiempo en niñerías.

—Pero, señor..... objetó aún el pobre mancebo intentando detener á Orvñanos.

—Ea, si tienes algo que discutir, discútelo con ella. ¿Concibes que fuese yo quien le devolviese su palabra?.....Mira ¿conoces este anillo? (y mostró á Tomás el que le había dado la joven). Pues acabo de recibirlo de sus manos. En cambio, yo le he dado otro... Están celebrados nuestros esponsales, pese á quien pese.

La ostentación de su triunfo, devolvió á don Salvador un poco de la confian-

za perdida; así que, sin oír más de lo que Rincón le decía, subió rápidamente la escalera. El joven permaneció un rato indeciso mirando hacia el interior de la casa. Al fin, no hallando cosa mejor que hacer, se alejó con visibles muestras de desaliento, por las calles visitadas aún por el chubasco.

IV

Tan pronto como don Salvador entró en su alcoba, encendió la bujía. Antes de meterse en la cama, quiso imponerse de lo que decía la carta que Tomás había dejado en su poder. No la había olvidado ni un momento: le quemaba las manos. Temblando la acercó á la luz.... Era la letra de Balbina, no cabía la menor duda; la conocía bien, porque tenía de su puño tarjetas y recados, que guardaba como cosa santa.... Le entró una angustia infinita.

En aquellos momentos retumbó el trueno, un vivo relámpago inundó la estancia y una recia bocanada de aire apagó la llama de la bujía y cerró de golpe los cristales.

Don Salvador se sobresaltó, como si hubiese oído una voz salida del abismo. Acercóse á tientas al balcón, corrió los pasadores y volvió á encender la bujía.